

# BRUNA LA BRUJA

y el tesoro de los  
gamusinos



Pasqual Alapont  
Viv Campbell

**TINTA**  
algar



Bruna es amiga mía.  
¡Bruna hace cosas raras!  
¡¡¡Bruna es una bruja!!!

Cada mañana, mientras se peinaba y se lavaba la cara ante el espejo, Miguel se tenía que repetir las mismas frases en voz alta, porque le costaba creerlo: su amiga Bruna, su compañera de clase era una bruja.

Bruna no tenía una verruga en la punta de la nariz ni llevaba un sombrero con forma de cucurucho, pero era una bruja de pies a cabeza, y podía hacer magia. Te podía convertir, si quería, en un ratón. Bueno, podía intentarlo, porque a veces los hechizos le salían como un churro y podía pasar cualquier cosa. Una vez hizo un sortilegio para convertirse en invisible, pero solo consiguió hacer desaparecer su brazo derecho. Tenía un aspecto tan extraño que se lo tuvo que vender hasta que pasó el efecto. Y en otra ocasión había dicho unas

palabras mágicas y había hecho volar a Miguel hasta la cima de un platanero, pero después no supo cómo bajarlo de allí, y el pobre chaval se pasó la noche en lo alto del árbol, cantando como un búho y temblando de miedo y de frío.

Bruna vivía con su madre en una casa en las afueras del pueblo. Desde muy pequeña su campo de juegos había sido el bosque y se lo conocía palmo a palmo. Incluso era amiga de un duende que se llamaba Falso, una criatura revoltosa y muy bromista. Pero lo que más le gustaba a Bruna era ir a la fuente de Encantada, un manantial de agua donde la leyenda decía que habitaba un hada.

Y la leyenda era cierta. Bruna se bañaba a menudo en el estanque y podía estar sumergida mucho tiempo hablando con el espíritu de agua. Miguel sufría mucho cuando la veía zambullirse y pasaban los minutos, pero Bruna siempre volvía a la superficie fresca como una rosa.

–¿Cómo te las arreglas para respirar bajo el agua?  
–preguntaba él.

Y ella hacía una mueca graciosa y le enseñaba la palma de las manos.

–¿Cómo quieres que lo haga? Es muy fácil: respiro y ya está.







Como si fuera tan sencillo. Miguel lo había intentado, pero, cuando respiraba dentro del manantial, se le llenaba la boca de agua y poco faltaba para que se ahogara.

–Pero ¿cómo puedes hablar con Encantada? –insistía él.

Miguel se imaginaba que hablar con un espíritu de agua sería como hacer gárgaras, pero en realidad Bruna no hablaba con el hada, sino que se dejaba mecer por el agua, y entonces, como un burbujeo, oía su

voz, que le decía conjuros

al oído. El hada le enseñaba

a hacer hechizos, pero

también le advertía de que

debía tener cuidado, porque la

magia podía servir para hacer co-

sas buenas, pero también podía causar

muchos problemas.

Y hablando de problemas: un día esta-

ban Bruna y Miguel haciendo las tareas

de clase, sentados en una mesa. Tenían

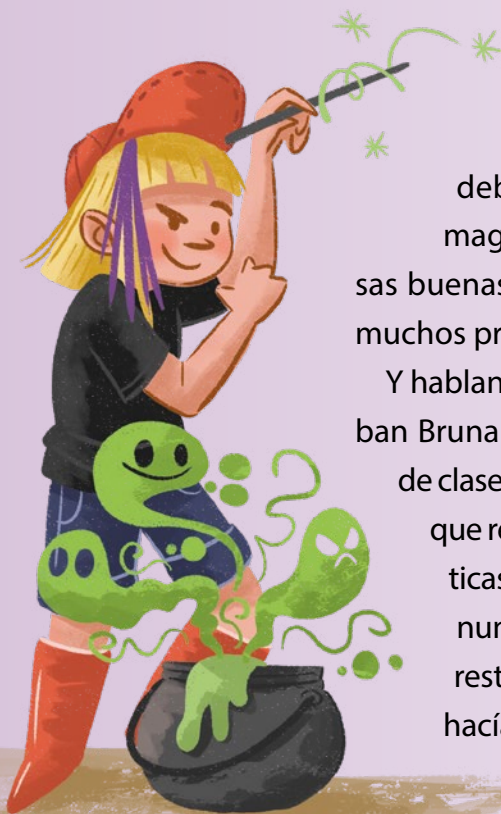
que resolver problemas de matemá-

ticas, pero, por más que Bruna pro-

nunciara sortilegios, las sumas, las

restas y las multiplicaciones no se

hacían solas.



–¡Qué lata! ¡Qué aburrida estoy de trabajar! Es que aquí no pasa nunca nada –se quejó Bruna.

–¿Y qué quieres que pase? –sonrió Miguel.

A él le encantaba ir al colegio y hacer deberes. Abrió la mochila para sacar una regla y notó que algo le rozaba las piernas. Entonces se agachó bajo la mesa para ver qué era aquello y se encontró con una cara que lo miraba fijamente. A Miguel se le pusieron los pelos de punta.

Aquello era Falso. El duende no medía ni dos palmos de estatura y vestía su casaca habitual de color champiñón.

–Hola –dijo el hombrecillo mientras, con un salto de lo más ágil, se subía a la mesa.

–Hola, Falso –dijo Bruna tratando de reprimir la risa.

Se alegraba de ver al duende, que aparecía y desaparecía cuando menos te lo esperabas, pero siempre les daba alguna sorpresa. En cambio, Miguel no estaba tan contento.

–¡Qué susto! ¡Casi me da un patatús! ¿Por qué no entras por la puerta como las personas?

El duende lo miró risueño, pero no le hizo caso. Para él las puertas no eran ningún obstáculo, y le daba igual pasar por la puerta que atravesar una pared. Tomó la regla que Miguel tenía en la mano y empezó a frotarse los dientes.





–Pero ¿qué haces? –preguntó el niño.

–Hoy he comido un pez que estaba podrido y se me ha quedado una espina atravesada.

Miguel puso cara de asco. Su regla recién estrenada, su regla de color amarillo fosforescente que usaba para dibujar cuadrados y triángulos, estaba dentro de aquella boca apestosa.

–Pero qué palillo más raro –se quejó el duende.

Miguel le quitó el objeto de las manos.

–No es un palillo. ¡Y no toques mis cosas!

Entonces se fijó en que había algo enganchado en la punta de la regla. ¡Qué asco! No quería ni imaginar lo que era. Lo primero que haría al llegar a casa sería desinfectarla con kilos de jabón.

Mientras tanto, el duende se había acomodado sobre la mochila de Miguel.

–¿Pero qué hacéis encerrados en casa? –preguntó–. ¿Por qué no venís conmigo al bosque? Podríamos ir a por gamusinos.

–¿Qué son los gamusinos? –preguntó Bruna.

–Oh, los gamusinos



son... Son criaturas... –El duende resopló–. La verdad es que no sé muy bien cómo son los gamusinos. Nadie ha podido cazar nunca uno, resulta que son muy escurridizos, pero se dice que poseen un tesoro de monedas de oro; sacos y más sacos de monedas de oro.

Al oír la palabra *tesoro*, Miguel y Bruna enderezaron las orejas, y el duende se vio animado a seguir.

–Unos dicen que son criaturas voladoras y que viven en los árboles. Otros, que sus gritos son tan ensordecedores que te irritan las orejas. Una vez un gamusino berreó tan fuerte que el sonido se oyó en China.

–Oh, ya estás diciendo mentiras otra vez –protestó Miguel–. Eres tan falso como tu nombre.

El duende cerró los ojos; parecía avergonzado.

–Sí, es una de mis bolas preferidas, no puedo evitarlo. La verdad es que los gamusinos no viven en los árboles, sino en agujeros putrefactos. ¿Habéis oído hablar de los pedos de los gamusinos? Son capaces de partir una montaña por la mitad.

Bruna se echó a reír; el duende siempre la ponía de buen humor.

Falso agarró la libreta de Miguel y la examinó por el derecho y por el revés. Se fijó en los trazos que había escritos.





–¿Qué es esto? Parecen cagarrutas de zorro.

–Son mis problemas de matemáticas. Déjalos en paz, que me los estás ensuciando de barro.

–¿Es que no sabes leer, Falso? –se extrañó Bruna.

–¿Leer? Claro que sé leer. –Y el duende miró la libreta y empezó a parlotear en voz alta–: *Truski retruski fracamalatusta, petrosaorrimanofesta...* Uy, la escritura matemática es muy interesante. ¡Pero creo que no se entiende nada!

–Claro, estás leyendo las letras al revés –dijo Miguel.

Bruna hizo un gesto con el dedo y, por arte de magia, la libreta se giró en manos del duende. A Miguel siempre le sorprendía el poder mágico de su amiga.

–Ah, claro. Ahora se entiende mucho mejor, ya lo creo –dijo Falso, y volvió a leer en voz alta–: *Truski re-truski fracamalatasta, petrosaorrimanofesta...* ¡Uf! Creo que sigo sin entender ni una pizca.

Bruna le quitó la libreta y leyó por él en voz alta:

–Si una gallina pone diez huevos al día, ¿cuántos huevos pondrá en una semana?

–Es un problema –dijo Miguel.

–¡Cómo que un problema! –exclamó el duende–. ¡Es genial! Creo que vuestra gallina es la campeona



de las gallinas ponedoras. No me importaría tener una.

–Digo que es un problema de matemáticas. Nuestra profe nos pone problemas y nosotros los tenemos que resolver. Es así como aprendemos.

El duende abrió los ojos como platos.

–¿Aprendéis a poner diez huevos al día?

–No, aprendemos a calcular –dijo Bruna–, y así un día podremos ir a la Luna si nos da la gana. Parece que no puedes ser astronauta si no sabes calcular cuántos huevos pone una gallina en una semana.



–Oh, me encantaría conocer a vuestra profe, pero sobre todo me gustaría que me presentara a su gallina. No había oído hablar nunca de una gallina que pusiera diez huevos al día.

–Creo que no te gustaría nuestro colegio, Falso –dijo Bruna–. Te aburrirías como una ostra.

–El colegio no es aburrido –protestó Miguel–. Siempre nos enseñan algo nuevo, y hacemos cosas divertidas. Mañana vendrá un cuentacuentos y nos contará una historia.

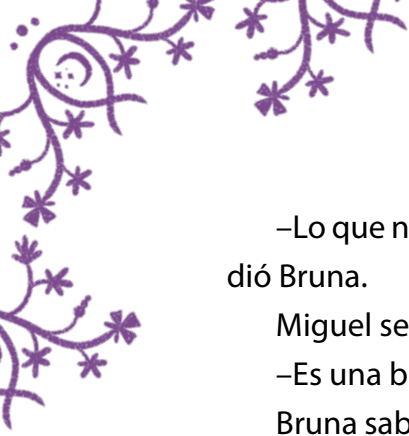
–Oh, me encantan las historias –dijo el duende–. Creo que un día os haré una visita.

Entonces se abrió la puerta. Era la madre de Bruna, que les llevaba leche y galletas. En voz baja, Bruna pronunció un conjuro y el duende se quedó rígido como si fuera un muñeco.

–Aquí tenéis la merienda. Necesitáis un poco de energía para hacer los deberes –dijo la mujer.







–Lo que necesitamos es una calculadora –respondió Bruna.

Miguel se sobresaltó.

–Es una broma, bobo.

Bruna sabía que no podía usar la calculadora ni la magia para resolver los problemas de matemáticas, ¡pero es que deseaba tanto ir a jugar al bosque! Su madre se dio cuenta de la presencia de Falso y lo agarró.

–¿Qué es esto?

–Oh, es... Es... –Bruna se lo quitó de las manos y se lo dio a Miguel–. Es su mascota. No puede vivir sin ella y se la lleva a todas partes. Siempre está dándole besitos y haciéndole arrumacos, y siempre duerme con él.

Miguel se puso rojo como un tomate y, para disimular, empezó a mecer al duende.

–Oh... Eh... Sí, es mi peluche. Me lo regalaron cuando tenía dos años. Es... Es...

–Es una criatura adorable –lo ayudó Bruna.

–Eso es, una criatura *adorable* –confirmó Miguel a disgusto.

La madre de Bruna arrugó la nariz.

–No sé cómo puedes aguantarlo. Tu criatura adorable huele espantosamente mal. ¿Quieres que lo meta en la lavadora?

A Miguel los ojos le hicieron chiribitas. Sí, pensó, estaría bien que Falso se lavara de pies a cabeza, ropa incluida. Le habría gustado ver cómo quedaban sus pelos erizados, su nariz de chirivía y sus orejas de soplillo mientras daba vueltas en el tambor de la lavadora. A ver si aquel hombrecillo dejaba de hacerse el gracioso. Pero Bruna se le adelantó.



–Oh, está hecho de un material muy delicado. Se tiene que lavar a mano con un jabón especial.

La madre de Bruna hizo una mueca. Sospechaba que estaban intentando marearla, pero tenía trabajo en la otra punta de la casa y no quiso perder tiempo.

–De acuerdo, comeos las galletas y bebeos la leche antes de que se enfríe.

Cuando se marchó, Bruna hizo un gesto con el dedo y Falso revivió.





¿POR QUÉ NO ME DAS UN BESO, CRIATURA ADORABLE?



¡PUF!

¡QUÉ PESTE! TE IRÍA BIEN UN BAÑO.



PERO SI ME BAÑÉ EL VERANO PASADO.

DEJAD DE PELEAR Y VAMOS A MERENDAR.